



Azorín

Lecturas españolas

En las Lecturas, lo que domina es un deseo personal de ver lo que en realidad hay en la vieja valoración de las letras españolas. Nuestro deseo sería que cada cual, que cada crítico, que cada publicista, en vez de atenerse a un patrón marcado y sancionado, fuese por sí mismo a comprobar si lo que en las cátedras y en los libros académicos se dice que hay en tal autor, en tal obra, existe realmente, o no existe. Así se podría formar una corriente viva de apreciación, y la literatura del pasado, los clásicos, serían una cosa de actualidad y no una cosa muerta y sin alma.

A LA MEMORIA DE LARRA

Un lazo espiritual une, como verá el lector, todos los trabajos de este volumen. La coherencia estriba en una curiosidad por lo que constituye el ambiente español —paisajes, letras, arte, hombres, ciudades, interiores— y en una preocupación por un porvenir de bienestar y de justicia para España. «Trabajemos en las ciencias positivas para que no nos llamen bárbaros los extranjeros», escribía en 1768 Cadalso. «¿Dónde está España?», preguntaba angustiado Larra, en 1835, viajando por las campiñas secas y desiertas. «¡No dejéis penetrar el frío en vuestros pechos, encendidos ahora en amor y piedad para la madre España!», clamaba en 1901 Joaquín Costa.

NUEVO PREFACIO

Debo escribir unas cuantas líneas para esta nueva tirada de nuestro libro *Lecturas españolas*. Con las *Lecturas españolas* inauguramos una serie de libros sobre la antigua literatura española; sobre la antigua, con algo de la moderna. Después de *Lecturas*, y como complemento de este libro, hemos publicado *Clásicos y modernos*, *Los valores literarios* y *Al margen de los clásicos*, especie este último de manual de literatura española. No están de más estos datos dirigiéndonos, como ahora principalmente nos dirigimos, a un extenso público no español. Tengan en cuenta esta con-

sideración los lectores españoles. En las *Lecturas*, al igual que en los otros libros, lo que domina es un deseo personal de ver lo que en realidad hay en la vieja valoración de las letras españolas. Nuestro deseo sería que cada cual, que cada crítico, que cada publicista, en vez de atenerse a un patrón marcado y sancionado, fuese por sí mismo a comprobar si lo que en las cátedras y en los libros académicos se dice que hay en tal autor, en tal obra, existe realmente, o no existe. Así se podría formar una corriente viva de apreciación, y la literatura del pasado, los clásicos, serían una cosa de actualidad y no una cosa muerta y sin alma.

Pero en España esta revisión de valores ofrece muchas dificultades; nosotros mismos, dentro de nuestra modesta esfera, hemos experimentado la inutilidad hacia toda tentativa de ver la literatura clásica como un valor *dinámico*, no *estático*. En España se quiere, se pretende, que los juicios formulados en las cátedras y en las publicaciones oficiales sobre los grandes autores sean definitivos, absolutos, incommovibles. Hay un tipo sancionado de Cervantes, otro de Quevedo, otros de Góngora, etc. Esos tipos han sido formados hace tiempo y solo detalles de erudición y de investigación estimables han sido luego agregados a tales conceptos *definitivos*. Pero esos juicios no pueden ser modificados; un escritor, un crítico no podrá añadir ni quitar nada de las ideas que se tienen de Cervantes, de Quevedo, de Góngora. De atreverse un crítico a juzgar por cuenta propia, se producirá el escándalo, y los santos varones de la erudición y de la investigación se llenarán de horror...

¿Qué es un autor clásico? Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: Un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico, si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones. Complemento de la anterior definición: Un autor clásico es un autor que siempre se está for-

mando. No han escrito las obras clásicas sus autores; las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote*, ni Garcilaso las *Églogas*, ni Quevedo los *Sueños*. El *Quijote*, las *Églogas*, los *Sueños* los han ido escribiendo los diversos hombres que, a lo largo del tiempo, han ido viendo reflejada en esas obras su sensibilidad. Cuanto más se presta al cambio, tanto más vital es la obra clásica. El *Quijote* es la más vital de nuestras obras. ¿Cómo ha sido visto el *Quijote* en el siglo XVII, recién salido de las prensas, y cómo ha sido visto luego, en el siglo XVIII, por los ingleses, después, más tarde, en la XIX centuria, por los románticos alemanes, y ahora, finalmente, cómo lo sentimos nosotros?

No estimemos, queridos lectores, los valores literarios como algo inmóvil, incambiable. Todo lo que no cambia está muerto. Queramos que nuestro pasado clásico sea una cosa viva, palpitante, vibrante. Veamos en los grandes autores el reflejo de nuestra sensibilidad actual. Otras generaciones vendrán luego que vean otra cosa. Pero... todo esto no es cuestión de querer o no querer. Todo esto —¡oh eruditos hoscos y regañones!— responde a una ley inflexible. Se siente con la sensibilidad que se tiene. Y ahora hay ya una porción de españoles que juzgan de los valores clásicos tal como nosotros acabamos de exponer.

AZORÍN

JUAN LUIS VIVES

—Mas ¿qué hace nuestro Vives?

Estos son unos estudiantes que se hallan comiendo en una casa de estudios: en el centro de la mesa hay una cazuela de guisado con un braserico debajo para que no se enfríe; cada comensal tiene ante sí un vaso transparente, un cuchillo y un tenedor; el maestro, o sea el amo de la casa, los preside a todos y les hace advertencias de cuando en cuando, tales como que no se escarben los dientes, o que no se apoyen en el codo, o que no remuevan los sombreros, para que no caigan en el plato cabellos de sus guedijas largas y juveniles.

—Mas ¿qué hace nuestro Vives? —pregunta el dueño de la casa de estudios, en los propios *Diálogos* trazados por el filósofo.

Y lo pregunta a un estudiante recién llegado de Brujas. Este escolar, desamparado, horro de toda blanca, ha pedido que le dejen comer aquí en esta casa: sus compañeros han accedido gustosos; y ahora él, en pago de tal obsequio, les va contando las novedades que acontecen en la ciudad lejana. El maestro tiene curiosidad por conocer nue-

vas de Vives; ya le ha preguntado por él con insistencia, y el forastero contesta:

—Dicen que lucha, pero no a fuer de buen luchador.

El maestro se asombra un poco.

—¿Cómo así?

Y el estudiante explica sus palabras:

—Porque siempre lucha, pero con poco valor.

—¿Con quién? —torna a preguntar el maestro.

—Con su mal de gota —replica el mozuelo.

Cuando estas palabras escribía el amado filósofo estaba ya un poco viejo: se sentía enfermo y débil de intelecto; pesaba sobre su cerebro, por la intensísima labor realizada en su vida, ese formidable peso de «diez torres» de que años antes le hablaba a su amigo Erasmo. Era en 1539: al año siguiente moría en Brujas, en esta pequeña ciudad bulliciosa, llena de mercaderes españoles, por cuyas calles, él, para distraerse —según propia confesión—, solía pasear canturreando en voz baja...

Y yo me figuro a Vives tal como en los primeros años de mi juventud lo he visto, puesto en busto de bronce, en una universidad española: la misma de donde él salió a los quince años para profesar en las más insignes cátedras de Europa. Yo me lo figuro alto, fino, fuerte —con esa fortaleza callada que poseía Taine—, digno, escrupuloso, un poco adusto, con los ojos escrutadores, con la nariz afilada, con la barbilla redonda y suave, tocado con una boina, vestido con unas cortas hopalandas.

Sí, era un hombre un poco adusto: tenía una grande y fiera dignidad.

—Procúrate —le decía Erasmo— un medio de vida para poder dedicarte de lleno a tus estudios.

Y él sonreía tristemente, resignado con su pobreza, porque sabía que una íntima repulsión le apartaba de las lisonjas. Su vida fue silenciosa y modesta: trazó libros considerables; profesó en las cátedras de París, de Oxford y de Lovaina; vivió una temporada en la corte de Inglaterra, junto a

los reyes. Fue este período como un oasis, en que se vio libre de los ahogos cotidianos: le pasaban una pensión decente. Pero vivía —dice él— en un cuarto pequeño, sin más menaje que una silla, sin mesa en que poder urdir sus reflexiones, y sobre todo —y esto era lo que más le molestaba—, movían una batahola insoportable, a todas horas, en las habitaciones paredañas.

Vives siente un intenso amor por las cosas pequeñas: todos estos filósofos del Renacimiento parece que han visto irradiarse en las cosas, tras larga oscuridad, el alma perdurable e inquietadora del universo. El Renacimiento es como un grande amor a la vida, a los hombres y a las cosas: la armonía que en nuestra existencia diaria forman los detalles y los objetos menudos se revela de pronto en las páginas de estos graves pensadores, silenciosos y dignos. Juan Luis Vives ha sentido, acaso mejor que nadie, la eterna poesía de lo pequeño y cotidiano. Y he aquí por qué, entre toda su obra, tal vez viene a prevalecer y dominar, como siempre acontece, aquello que el autor reputó por más frívolo, pero en que llegó inconscientemente, por vías indirectas, hasta el nexo secreto de la vida. Hablo de los *Diálogos* que el gran filósofo escribió para ejercicio de la lengua latina: acaso no haya libro en nuestra literatura tan íntimo y gustoso. Abridlo: ved cómo pasa la existencia menuda y prosaica de los pueblos en una serie de pequeños cuadros auténticos: la madre y la hermana de un chico que han dejado la casa sola y se han ido a comer cuajada con una lechera que les ha convidado; una disputa, mientras que el niño llora, de un marido con su mujer, que está empeñada en poner en la ventana unas macetas que impiden que él vea la hora en el reloj de enfrente; el dueño de la taberna del Gallo, que antes de marcharse a cocinar en una boda quiere volver corriendo a decirle a su mujer lo que ha de hacer con los rufianes y gorriones que entren en el establecimiento; un alquimista, que está preparando sus terribles mixturas y no

consiente de ningún modo que le tomen el menor tizón de la hornilla para que un vecino encienda fuego.

En los últimos años de su vida, ya viejo, martirizado por la gota, Vives, después de haber tratado a los hombres más insignes del mundo, se entretenía en escribir estas páginas sencillas y amorosas de sus *Diálogos*.

Y yo lo veo, en esta bullidora ciudad de Brujas, metido en un pequeño cuarto —mientras su mujer, acaso continuadora del comercio de sus padres, despacha fuera paños y brocateles—; yo le veo evocando sobre el recio papel las sensaciones de su niñez, allá en la luminosa Valencia; sus idas a la escuela, situada en la calle de la Cruz Nueva; sus juegos a la taba y al alquerque en la de Cornicols; sus retozos con un perrico que anda por la casa y a quien él le echa pan...

EL GENIO CASTELLANO

«La Lectura» ha comenzado a publicar, en varios volúmenes, el *Quijote*. La flamante edición del libro de Cervantes, puntuada, ortografiada, comentada por don Francisco Rodríguez Marín de una manera racional y discreta, diríase que produce en el lector la impresión gratísima y extraña de que se lee por primera vez el *Quijote*. Leer la obra inmortal no es cosa corriente en España —confesémoslo con tristeza—. Se lee poco el *Quijote*; se hacen corrientemente pocas alusiones y referencias a este libro; se nota en el ambiente literario, en la atmósfera que rodea a determinadas grandes figuras de las letras, poca influencia, pocas huellas, poco calor de la concepción estética que Cervantes puso en el mundo. Un atento observador de nuestra literatura podría recoger datos curiosos respecto a la influencia de Cervantes entre sus compatriotas. A menudo en un escritor empapado —aparentemente— de casticismo, con estilo casi arcaico, no encontramos ni el más ligero rastro del espíritu del *Quijote*; a la inversa, otras veces, en escritores al parecer extranjerizados, de estilo modernísimo, lleno acaso de galicismos, notamos un profundo, un íntimo hálito de la inmortal creación. Por citar algún nombre, no respecto al

primer caso —muy abundante—, sino referente al segundo, traeré a la memoria el de Mariano José de Larra.

Y ¿cuál es el espíritu del Quijote? ¿En dónde reside el misterio fecundo que ha hecho que este libro llene el planeta y se perpetúe a lo largo de los siglos? Mucho se podría escribir sobre este tema; si nosotros intentáramos hacerlo, entrando de plano y decididamente en la materia, no nos perdonaríamos a nosotros mismos ni la temeridad ni la petulancia. Pero sí queremos apuntar algunas indicaciones, a manera de hipótesis o de avances, sin carácter ninguno crítico ni dogmático. Una de las observaciones que se han hecho hablando del *Quijote* —en son de reproche— es que Cervantes, al ridiculizar con su libro los héroes caballerescos, ridiculizaba también al mismo tiempo y mataba los grandes impulsos que mueven a esos héroes: la generosidad, el idealismo, la pasión, el entusiasmo, la fe, etc., etc. El reproche ha sido hecho por algunos autores extranjeros; más tarde ha sido repetido en nuestra propia patria. Pero nada más lejos de la verdad que tal censura; basta leer la obra de Cervantes para ver cómo el autor se va poco a poco identificando con el personaje y cómo va siendo cada vez mayor la simpatía, el amor, la efusión que Cervantes siente por su héroe. El amor y la simpatía que manan de todas las páginas se comunican al lector, y el lector, que acaso comenzara el libro riendo, acaba por sentir una honda, inefable, conmovedora y subyugadora emoción ante la figura del bueno, del grande, del sempiterno soñador Alonso Quijano.

Don Vicente Salvá en su estudio sobre el *Quijote* escribía las siguientes palabras: «Su objeto no fue satirizar la esencia y fondo de los libros caballerescos, puesto que aumentó su número, sino purgarlos de los disparates e inverosimilitudes...». Sí; esto es exacto. El *Quijote* no es otra cosa que un libro más de caballerías. Pero ¿cómo este libro de caballerías ha tenido el éxito inmenso a través del tiempo y del espacio que los demás no han podido tener? Si el

espíritu es el mismo en este libro y en los otros, ¿de qué manera ese espíritu inspiró a Cervantes para obrar el portentoso milagro? El secreto está, sencillamente, en que, sí, en efecto, el espíritu es el mismo, pero *con algo más*. Esa añadidura estriba en el elemento de sentido práctico, de realidad prosaica, de vida deleznable y cotidiana que Cervantes alía al idealismo de los antiguos libros de caballería. Y esa maravillosa alianza del idealismo y del practicismo es precisamente lo que constituye el genio castellano.

¿Se quiere una manifestación espontánea, fuerte, poderosa, del pensamiento castellano? Ahí está el misticismo. Entre los místicos españoles, ¿qué figura es la que más se destaca, la más alta, la más gloriosa? Santa Teresa de Jesús. Pues abramos el *Libro de las fundaciones*; al hablar en estas páginas Santa Teresa de la *libertad del espíritu* dice que «una de las cosas que tiene es hallar a Dios en todas las cosas, y poder pensar en ellas». No se puede dar fórmula más acabada del espíritu práctico del misticismo castellano. Pero todavía encontramos en este librito una frase más expresiva. Recomendando a sus hermanas Santa Teresa que, sin dejar de entregarse a la vida interior, no abandonen las cosas de la tierra, añade: «Entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor». *Entre los pucheros anda el Señor*: ¿podrá llegar a ser más plástica la fórmula del castellanismo?

Pues aun hemos de ver esos humildes pucheros castellanos hacer papel glorioso en la historia literaria de España. En la primera mitad del siglo XIX se produce entre nosotros una obra dramática de una contextura inaudita, excepcional. Es una fecundación del Quijote a distancia: a la distancia de los siglos. La impresión que esa obra causó entre quienes la vieron representar las primeras veces fue de estupor y de asombro. Aludimos al *Don Álvaro*, de Ángel Saavedra. En el *Don Álvaro* alienta el mismo espíritu que en el Quijote. El genio castellano —idealidad y práctica— se exterioriza en esa obra espléndidamente. Hoy no podemos

tener idea de las sensaciones que ante ella experimentaron los hombres de aquel tiempo. De «maravilla monstruo» la califica en 1846 Ferrer del Río, en su *Galería literaria*. Y don Eugenio de Ochoa, en 1840, en sus *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, escribe la siguiente frase: en el *Don Álvaro* «se ve desde el carácter más ideal, desde la creación más fantástica, hasta el rústico arriero sevillano, hasta el fogón y los cacharros de las posadas andaluzas».

Sigamos adelantando. En la segunda mitad del siglo XIX se ha producido una honda y fuerte manifestación del pensamiento filosófico en España. Aludimos al krausismo. No se ha hecho todavía imparcialmente la historia de este movimiento del intelecto nacional. Nadie podrá negar al krausismo español sinceridad, austeridad, nobleza, delicadeza; respeto y cariño merecen hombres —por no citar más que a los ya desaparecidos— como aquel santo que se llamó don Fernando de Castro, como Salmerón, como González Serrano, como Revilla. Y cosa singular: siendo el krausismo una importación extranjera llega a ser en España una de las manifestaciones intelectuales más castizas y españolas, más hondamente españolas que aquí se han producido. ¿Por qué? Porque al «idealismo noble, generoso y poético» unió las «tendencias prácticas» propias de nuestro temperamento intelectual. Las frases citadas son de *Clarín*, en el prólogo a *las Ideas pedagógicas* de Posada. Es decir, que el genio que crea el Quijote, crea el misticismo, crea el *Don Álvaro*, crea el movimiento filosófico español más considerable que ha habido en España modernamente...

GUEVARA Y EL CAMPO

¿No te place, lector, la vida campesina? ¿No te placen las altas y quebradas montañas, los redondos y suaves alcores, las cañadas, los valles y collados, las hondonadas plácidas en que crecen, ávidas de humedad, las pomposas y rotundas higueras, los llanos grises, o verdeantes con el alcacel temprano, o amarillentos con los panes granados? ¿No te placen las fontecicas u hontanares que manan de las peñas en transparentes y callados hilos, los arroyos que corren sobre el lecho de blancos guijos, los ríos claros con álamos en sus riberas? ¿No te placen las frondas tupidas, las alamedas, las saucedas, las moraledas, los largos y umbríos viales de toda suerte de árboles? ¿No te placen los árboles selváticos, independientes, que crecen solitarios, bravíos, en los montes y en los barrancos: el allozo, el acebuche, el maguillo, el cabrahigo? ¿No amas, en fin, el vivir sosegado, ecuanime, sedante de la aldea? Aquí tenemos al alcance de la mano un breve libro; se publicó en 1539; su autor es don Antonio de Guevara; en su portada lleva el siguiente título: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Don Antonio de Guevara escribió su librito después de haber corrido mucho por el mundo y haber vivido mucho; elogiaba la aldea lue-